

222583 25-14-57

El viernes 10 de septiembre cumplió don Francisco A. Encina 80 años. Sumó el historiador a las para mí innumerables muestras de aprecio, una de las más valiosas, al invitarme a almorzar con él en su casa tan señalada. Disfruté, como siempre en su compañía, momentos estupendos. Y, de la intensa conversación, surgió un paralelo asombroso entre su obra y la de Pérez Rosales. Buscamos la causa. No fué difícil hallarla. Son los dos chilenos que mejor han encarnado el ideal del hombre de acción y el de contemplación. Al finalizar este almuerzo inolvidable, pensé reunir algunas notas que me ayudaran a interpretar el fenómeno. Son las que siguen.



 * DON FRANCISCO A.
 * ENCINA
 * POR LEOPOLDO CASTEDO



En los diversos homenajes que se rinden estos días a los 80 años ejemplares de don Francisco A. Encina, se han hecho algunas alusiones a sus muchas cualidades. Creemos que no se mostrará bastante sobre dos de ellas: la inquietud por la observación directa de las cosas y la energía sobrehumana, traducida en una capacidad de trabajo inverosímil.

Puede ser discutible la ley (o pseudo ley) sustentada por Ortega y Gasset, de que la compensación con el sentido histórico de la vida puede permitirnos atisbar el futuro. En las anticipaciones de don Francisco Encina que conozco, la ley se cumple con exactitud impresionante. Hace más de 40 años, en "Nuestra Inferioridad Económica", vaticinó el apogeo del cobre, los peligros de una política similar a la del salitre, y las consecuencias que la superdación a una riqueza pasajera entrañaría para el desarrollo económico del país. El tiempo y los hechos le han dado la razón. En 1940, apenas iniciada la última gran guerra, le pregunté acerca de su desarrollo y desenlace. Me contestó:

—Alemania será derrotada, pese a su poderío y a las batallas hasta ahora ganadas. Inglaterra desaparecerá como gran potencia rectora mundial. Los Estados Unidos multiplicarán enormemente su importancia. Una línea, casi recta, unirá el Báltico y el Adriático, dejando a la derecha a Rusia, el otro extremo. Después vendrá el choque entre los dos gigantes. Apenas erré en cuanto a Yugoslavia. El resto del vaticinio se ha cumplido... o está a punto de cumplirse. Situaremos, para calibrarlo mejor, en 1940.

La otra gran directriz en la psicología de don Francisco Encina es el sentido de la realidad, incubado desde sus primeros años en una angustiosa inquietud por los fenómenos de la naturaleza y en un desprecio por lo que él calificaba, con su gracia inventada, de "fórmulas de ropa hecha". En el prólogo a mi "Resumen" traje a colación algunos epítetos estupendos de su infancia, como el del cráneo del indio aparecido entre las raíces de un naranjo chino, al arrancarse este árbol del huerto casero. En él veía el niño preozar la explicación más palmaria del gran ciclo de la materia. El chasco de la "nieve tostada", ilustra sobre sus ciñidos recelos contra la letra impresa.

A los 4 ó 5 años jugaba frecuentemente con una amiguita de su misma edad que, mujer al fin y al cabo, era mucho más avisada que él y lo ilustraba con sus observaciones y lecturas. En el viejo albarico de Sarmien-

te saboreó la niña un breve cuento, tejido alrededor de la "nieve tostada" al horno.

—No puede ser —dijo él, y corrió a la casa de su tío, don Diego Vergara Correa, que tenía una heladería, para pedirle un poco de nieve cordillerana, con la que todavía se hacían los helados que deleitaran a Byron y a los viajeros del siglo XVIII.

—Toma la que quieras, Pancho —le dijo el tío.

Félix, intrigado, ansioso, llegó el niño con su puñado de nieve a la casa, y, ante la estupefacción de los parientes, la introdujo en el horno de la cocina. Una mezcla de desilusión y de euforia lo invadió al comprobar cómo se derretía. Y las risas estrepitosas de su amiguita, al oír el desahuce, lo afirmaron en su convencimiento de que, para lograr un fúculo valioso, es necesario comprobarlo directamente. De aquí su concepto peyorativo del profesor a lo "Bañado Carrasco", la compulsión de algunos de sus maestros con los caracoles que su abuelo, como buen francés, cultivaba con esmero y que le valió más de un coscorrón.

Era inquietud tremenda sobre su infancia y primera juventud. Le atraían la biología, las ciencias físico-químicas. Un día fue al laboratorio del Liso de Talca. Durante la guerra del Pacífico jugó con cañoncillos de verdad, fabricados con tubería de agua potable, que destruían, con el cartón de una "O'Higgins" en miniatura, algunos vidrios. La metralleta cayó en una paila rebosante de caldo herviente de artope, que abrasó a dos infortunadas y ancianas sirvientas. Hay un torrente de vida que se empapa de la vida misma. Y la serenidad y la madurez se decantan en otro de sus grandes atributos: la inverosímil capacidad de trabajo.

El Durazno es un hermoso fundo, cerca de Las Cabras. Hace pocos años apenas tenía valor agrícola. Hoy lo cruzan esteros desviados y canales, en sus bodegas se ven siempre rimeros enormes de sacos, la maestría semeja la de un ferrocarril. Durante mis

prolongadas visitas al fundo para leerle el "Resumen" y corregirlo, salimos más de una vez a pasear a caballo, él en una yegua robusta, sobre la que se encarama como un machacho. Mientras yo me bañaba en el bellísimo tranque, con Francisco iba a ver una acaquia, daba órdenes para la cosecha de la papa, vigilaba a fauna de desmalesar unos potreros. Al regresar, me ilustraba con sabiduría y sencillez sobre su campo y su paisaje. Estas jornadas inolvidables me permitieron aprender sobre Chile lo que no hubiera encontrado en libro alguno, salvo el suyo, naturalmente.

De vuelta a las casas íbamos a su pieza, sobria como una celda escuicelense. Sólo se veía en ella lo indispensable, en encantadora y abigarrada mezcla con libros

y cuartillas. Junto a la ventana, convertido el alfiler en anaque, don Francisco, para descansar, me leía las páginas delicadas de los amores de Bolívar con Manuelita Sáenz. Después me acompañaba al comedor. Mientras yo me alimentaba, él sorbía una taza de té simple y seguía obsequiándome, con su deliciosa conversación. A la hora de dormir, se iba a su pieza... a seguir trabajando.

Nunca supe cuántas horas duerme don Francisco. Sólo, el llavero, me decía a la mañana siguiente que "había salido temprano". Temprano, en el campo, son las 5 ó las 6 de la madrugada.

Yo me levantaba, naturalmente, a horas más ciudadanas. Hacía las 9 regresaba don Francisco de su largo paseo a caballo. A veces venía con las piernas caladas, porque había tenido que atravesar un estero. Sin tomar bocado, trabajábamos en el "Resumen" hasta mediodía, hora en que Sócrates, mirando con insistencia un gran reloj de bolsillo que anda fuertemente, tocaba con ritmo digno de un Barock las doce campanadas. Almorzaba fuerte, no menos de tres platos. Cuando le pregunté si dormía siesta, me contestó con una sonrisa. Revisábamos mis originales otro rato y, si no hallamos a caballo, seguía él en su Bolívar.

¡Doce, catorce, dieciséis horas! Nunca supe el límite de su capacidad de trabajo. Es difícil que se repita un fenómeno semejante de fortaleza física, de energía creadora y de equilibrio. Así se ha hecho su obra, en tensión y en flaqueza simultáneas.

De aquella inquietud infantil, de la insaciable búsqueda de la verdad en las fuentes originales, de la autosuficiencia cabal, surgió a la postre su sistema histórico. Don Francisco no usa papeletas. Lee documentos, cartas, textos primigenios, opiniones de los contemporáneos, a veces durante un año, sin escribir una línea. Y los deja reposar. Como tiene una memoria también inverosímil, los almacena en ella, se desprecupa, va a otras faenas de su actividad locanable. Mientras tanto se produce la sedimentación, la clave del fenómeno que le preocupa. Entonces se encierra y escribe. Escribte sin reposo, 200, 300 cuartillas... Semejante esfuerzo dejaría agotado a un eclopo. Para descansar, revisa reimpresiones, rectifica fechas, realiza enmiendas. Ha corregido varias veces las pruebas de imprenta de sus veinte tomos.

¿Es aventurado afirmar que don Francisco A. Encina constituye un milagro?

L. C.

"ZIG-ZAG"

Don Francisco A. Encina [artículo] Leopoldo Castedo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Castedo, Leopoldo, 1915-1999

FECHA DE PUBLICACIÓN

1954

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Francisco A. Encina [artículo] Leopoldo Castedo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile